

El encarcelamiento

CARLOS SEVILLA

La visita dominical enterró en el olvido nuestras pequeñas rencillas y nos unió en el gusto indescriptible de reencontrar a nuestros seres queridos y a personas que compartían nuestros sueños e inquietudes. Desde muy temprano, después de pasar lista, nos dedicamos a limpiar las celdas, a bañarnos y acicalarnos. A partir de las nueve el redondel y el Torreón se llenaron de compañeros que, de pie, mantenían fijos los ojos en la puerta de la crujía. Al principio, las cosas marcharon lentamente, la mayor parte de las visitas eran mujeres que, en general, cargaban grandes bolsas o canastas llenas de alimentos y frutas. En cuanto aparecía alguien, se escuchaba un breve rumor de comentarios cuando los presos identificaban a los recién llegados, y salían disparados a recibirlos. Se daban un abrazo prolongado, se besaban, sonreían y, sin transiciones, a menudo pasaban al llanto. A las mujeres no les avergonzaba llorar, pero los hombres trataban de ocultarlo. Terminado el recibimiento, las visitas se internaban a la crujía con pasos titubeantes, mientras dirigían miradas inquisitivas en todas las direcciones. Los presos presentaban sus visitantes especialmente a los notables que, colocados en primera fila, daban la apariencia de un comité de recepción: “a mi mamá, mi hermana, el general, el doctor, el ingeniero, el licenciado..., los muchachos...”.

Pero después de un rato, cada quien dedicó su mayor atención a sus propios visitantes. Yo recibí a mi madre, a mi esposa y a mi hija Andrea. También nos abrazamos y nos besamos muy cálidamente, pero entre nosotros no hubo llanto, porque, como bien se sabe, los revolucionarios no lloran. Mi hija simplemente me preguntó si yo ya estaría libre para cuando ella cumpliera cinco años, en mayo de 69. Mi esposa quería ver si nuestra crujía, que obviamente no estaba contemplada en la construcción original de Lecumberri, permitía conservar la coherencia arquitectónica de la obra. Mi madre debía entregar cosas y recados a dos compañeros cuyas familias había ido a ver en Tlalnepantla porque ellas no podían viajar a la ciudad.

Sentados sobre mi cobija, nos acomodamos en un rincón de la celda que se llenaba ya con los visitantes de los otros compañeros. Renata se puso a hablar, en voz alta, muy animada: “me tranquiliza ver qué bien se encuentran aquí”, dijo haciendo que todos los presentes voltearan a mirarla sorprendidos. Como en respuesta a la sorpresa, agregó: “claro que les hacen falta muchas cosas y es necesario poner puertas y ventanas a los dormitorios, pero todo eso se puede conseguir porque, como dice Trotsky, en países atrasados como México y la Rusia zarista, la corrupción y la incapacidad de la burocracia se conjugan para restar dureza a las prisiones”. Y dirigiéndose a mí concluyó: “aquí no vas a tener pretexto alguno para no producir. Mejores condiciones no puede tener un revolucionario. Además, ya nos hemos organizado para mandarte todos los materiales que necesites y depositamos a nombre de Daniel, en la crujía N, los libros que tenías en el escritorio. Yo te acabo de comprar éste que pude pasar, junto con la comida, pagando 20 pesos de mordida.” Jaime, disgustado por lo que escuchaba, hacía señas a su esposa sugiriéndole salieran de la celda, a lo que Renata remató: “ya hubiéramos querido un lugar así en Alemania durante y después de la guerra, para no hablar de los perseguidos por los nazis o por los estalinistas.” Y ya en plan de provocación terminó, “yo no soy de esas espositas reaccionarias que vienen a llorar y hasta reblandecen a sus esposos, yo vengo a apoyarte para que sigamos luchando.” Cuando terminó su perorata, ya se había vaciado la celda, sólo quedábamos ella, yo y nuestra hija.

Después de estar solos un buen rato, decidimos hacer un recorrido por la crujía. Lo hicimos lentamente no sólo porque había mucha gente, también porque nos deteníamos constantemente para saludar a numerosos conocidos con quienes nos topábamos y para que nos introdujeran con los desconocidos. Yo tenía la impresión de que todavía me encontraba en la fiesta que organizamos el 15 de septiembre en Filosofía. La crujía había perdido su aspecto sombrío y ahora estaba llena de

colores diferentes al gris de la construcción y el azul de los uniformes. Varios compañeros estrenaban camisas que sus familiares habían introducido quién sabe cómo. Había grupitos que discutían acaloradamente, lugares en donde todos comían, parejas que intercambiaban caricias; familias enteras que hablaban, lloraban y reían al mismo tiempo. En una celda, un buen número de jóvenes bailaban al son de la música de un radio de transistores que, después supe, les había alquilado un preso de la crujía A. Otra celda mostraba el aspecto de una guardería: niños y bebés comían, dormían o jugaban al cuidado de varias jovencitas. También había celdas que permanecían sospechosamente silenciosas, la puerta cerrada y la entrada del dormitorio cubierta con una cobija.

Cuando pasamos frente a la celda del general Valero, me llamó por mi nombre y me pidió que entráramos. Mutuamente nos presentamos familiares y, acto seguido, el general me pidió que les relatará la manera en que yo había tratado de escapar en CU y cómo me habían detenido finalmente. Al terminar el relato, seguimos nuestro recorrido. Mi hija, tomada firmemente de mi mano, recibía, huraña, dulces, fruta y muestras de simpatía de los mayores, pero cuando encontró niños de su edad, se desprendió de mí para ir a engrosar la población de la guardería. Cerca de la celda de Marcué, saludé a Conchita, a quien conocía muy bien pero no lograba situar de dónde.

“¿Conoces a este muchacho, que casi te deja fuera porque no quería incluirte en la lista?”, preguntó Marcué a su esposa. “Sí, cómo no”, dijo Conchita, sin convicción; “usted iba mucho a la oficina, ¿no? ... ¡Ah!, usted es amigo de Guillermo, ¿no?” “Sí”, contesté con timidez.

Conchita se aproximó a mí, mientras mi esposa se separaba para saludar a alguien. “¿Qué le pareció lo de ese muchacho?... no sabe cuánto me apenó, y pensar que es tan inteligente.”

“¿Qué inteligente ni qué nada! —dijo Marcué—, es un loco y un bribón malagradecido... ya ves cuántos dolores de cabeza nos dio”.

Convencidos de que no era conveniente hablar más del asunto, nos separamos, y yo me encontré solo. Entre tanta gente me costó trabajo localizar a Renata que se hallaba en la celda del doctor Eli de Gortari a quien había ido a expresar sus respetos y de paso le pedía que por favor vigilara que no per-

diera yo el tiempo. Cuando llegué, de Gortari y Renata habían acordado que él me haría estudiar teoría de conjuntos y ella conseguiría y llevaría un manual de ejercicios. Aunque esto parecía una broma que el profesor, con fama de ser un ogro, rechazaría, realmente se cumplió puntualmente y me permitió desarrollar con él, poco a poco, una verdadera amistad. Durante meses hice los ejercicios del libro, mismos que le presenté regularmente para que los corrigiera, calificara y entregara los resultados a Renata.

Al salir de la celda, nos encontramos con mi madre que nos buscaba para avisarnos que ya era hora de comer. En una celda vecina a la mía, se había armado una gran mesa donde se colocaron alrededor de 30 platillos diferentes. Al lado, había unos garrafones de agua electropura llenos de “aguas frescas”, jamaica, tamarindo, limón... En mi plato de aluminio, que era grande, servimos una rica variedad que compartimos Renata y yo. Mi madre y mi hija compartieron una pequeña cazuela. Para llevarnos los alimentos a la boca usamos tortillas y pan, y para partir los alimentos, mi cuchara de peltre.

Cuando estaba a punto de terminar, un compañero me entregó una hoja con un texto por las dos caras que también habían entregado a otros internos: “éste es el himno del Movimiento Estudiantil que acaba de componer el profesor Molina, se canta siguiendo la música de La intemacional. Lo vamos a entonar al momento que se retiren las visitas, haremos una doble valla para que pasen por ella, y al mismo tiempo escuchen nuestro mensaje.”

El himno era un monumento a la cursilería, eso pude descubrirlo apenas leí la primera línea que alcancé a ver. Decía algo así como “esa flor de la libertad que es la juventud estudiosa y limpia...” ‘diles que no mamen...’ contesté al mensajero que se fue un tanto turbado. Pero al poco tiempo llegó personalmente el profesor Molina que traía una clara expresión de disgusto. Movié ligeramente la cabeza en señal de saludo para todos y se acercó a mí diciéndome “camarada: necesitamos tener una breve conferencia...”, y tomándome firmemente el brazo, me condujo fuera de la celda. “¿Qué te pasa?”, me preguntó, “¿quieres sabotear el trabajo revolucionario? ¿qué clase de trotskista eres tú que no sabes colocarte a la vanguardia?” “Vete a la chingada”, le respondí al tiempo que me zafaba de su mano, “tú no eres trotskista, tú eres un pinche

posadista.” ”Verás si no soy troskista cuando reporte tus titubeos reaccionarios.”

”¿Titubeos yo?” me pregunté, “... ¡qué pendejo!...”

Pero, al final, mejor decidí cantar también el himno, y evitar ser juzgado injustamente. A nadie le pareció que se estuviera cerrando con broche de oro la visita, pero tampoco les molestó y no faltó quien expresara que era un gran acierto digno de ser imitado por los presos de la crujía N.

Cuando se fueron las visitas, la crujía recobró su aspecto lúgubre y terminé el paréntesis que parecía habernos sacado por varias horas de prisión. Tuvimos entonces nuestra primera muestra de lo que se llama “el carcelazo”: un estado de ánimo depresivo que, en los casos graves, puede prolongarse durante meses y llega a empujar al suicidio.

La mayoría nos reclinamos en nuestras celdas y, como las emociones producidas por la visita nos habían agotado, nos quedamos envueltos en una reparadora siesta. Yo dormí más de dos horas y, cuando desperté, me sentía tranquilo y contento. Ya se había apagado la luz como ocurría diariamente a las 9 pm. Tuve que prender la vela que me trajo el mandadero, para poder revisar el libro que me llevó Renata. Era un trabajo que apareció al principio de la década en Estados Unidos, pero que no se había traducido porque, se decía, el gobierno lo había impedido tras dar el golpe en contra del Fondo de Cultura Económica en 1965. Su título era *Yesterday in Mexico*, y el nombre de su autor, John Foster Dulles, igual que el jefe del Departamento de Estado del gobierno del presidente Eisenhower, que aparentemente era su padre. Se trataba de una excelente crónica del proceso político mexicano entre 1920 y 1936, periodo en el que, a sangre y fuego, consolidó su hegemonía la llamada Familia Revolucionaria, después de haber derrocado y asesinado al presidente Carranza.

Los más jóvenes, no durmieron siesta. Se fueron a jugar cartas a la celda de uno de los asaltabancos, que se había convertido en un verdadero casino. Cuando desperté ya varios muchachos habían perdido todo el dinero que recibieron de sus visitas, pero otros más seguían apostando. Era el único lugar que estaba alumbrado a esas horas y el humo de los cigarrillos creaba una atmósfera como la de las películas yanquis de gánsters. Hubiéramos jurado que varios estaban borrachos si no hubiése-

mos sabido que no entraban bebidas embriagantes. Después nos enteramos de que los que parecían borrachos, realmente estaban drogados y que algunos policías y presos comunes, les habían regalado la marihuana para que la probaran.

Marcué, que siempre estaba yendo y viniendo de un lado a otro, llegó a la celda indignado, “debemos hacer algo para impedir que los asaltabancos asalten también a todos esos muchachos babosos. Ni se dan cuenta de las trampas que les hacen”.

—Qué trampas, ni qué nada —dijo Romeo—, esos cuates son bien derechos; si han asaltado bancos ha sido para ayudar a las luchas revolucionarias en sus países. Son personas revolucionarias, ingeniero, no son lúmpenes.

—No seas ingenuo muchacho, de dónde sacas esas historias.

—Pues ellos mismos me han dicho todo, y a mí me han ayudado cada vez que se los he pedido.

—Cuidate que no vayan a ayudarte dándote drogas y enviándote.

—Ingeniero, aquí no hay ningún niño. Aquí a nadie se le sorprende, ni se le obliga a hacer nada en contra de su voluntad. Si a alguien le gusta la mota o los chochos, pues muy su pedo.

—No te vayas a ofender, porque yo te estimo, pero creo que estás totalmente pendejo. Nosotros, dijo incluyéndome, no vamos a permitir que se joda a los jóvenes. Y moviendo la cabeza en dirección de la puerta, me dijo “tráite el libro”.

Entramos a su celda que se hallaba vacía. Una vela, en el suelo, montada sobre la botella de un refresco, proyectaba tenuemente nuestras sombras amplificadas en la pared y en el techo del dormitorio.

—La cosa está muy dura, tanto aquí adentro, como afuera —dijo como pensando en voz alta, mientras prendía otra vela y colocaba pequeños bultos de periódico para que nos sentáramos.

—No sabemos lo que tendrá que hacer esa pobre gente para traer dinero a estos muchachos babosos que luego se lo entregan a esos sinvergüenzas. Me preocupan nuestras familias, hermano, porque padecen más que nosotros la cárcel. Mira mis hermanas, ellas tienen sus hijos, sus maridos, a quienes deben atender y aquí están, siempre al pie del cañón. No se cuántas cosas deben dejar o descuidar para venir. Ponen la cara dizque muy contenta, pero percibo que están preocupadas. Igual mi mujer, que nunca se queja, pero sé la carga que tiene ma-

nejando la casa ella sola. Implica responder a las presiones y demandas de toda la familia. Además tiene que ocuparse de su mamá, mi suegra, que ya casi tiene 90 años. Por si eso fuera poco, tiene también que manejar la oficina, y ya me imagino el acoso que estarán ejerciendo sobre de ella los bribones del gobierno. Hasta mi hermano Enrique, que tiene una posición muy buena, corre mucho peligro porque, finalmente, trabaja para el gobierno y aquí ha estado todo el tiempo, apoyándonos.

Cuando salió de su ensimismamiento, Marcué se dirigió a mí, “no quiero darte la suave, me dijo, pero, lo que es más valioso en ti, son tu madre y tu mujer... cuánta entereza tienen. Así es nuestra gente, ¿verdad? Por eso es que ya le dimos en la madre a este gobierno sanguinario... Al tiempo.”

Tomó el libro en sus manos y me preguntó “de qué trata”, al mismo tiempo que lo hojeaba. Yo le explicaba el contenido de la obra, cuando encontró la foto del general Álvaro Obregon disfrazado de “garrotero” ferrocarrilero. “¡Qué joven estaba!”, comentó y siguió hasta que, con un suspiro, musitó “el general Cárdenas..., a ver, léeme un poco”, me ordenó.

“Está en inglés”, le contesté temeroso de que me pidiera de todos modos que lo leyera y también se burlara de mí, como mi mujer, que decía que cuando yo trataba de hablar inglés, sonaba como si fuera...

“Pues tradúcelo sobre la marcha, estoy acostumbrado porque a menudo pido que me lean materiales así.”

Durante varias horas estuve luchando con el texto y las exigencias de Marcué que no le gustaba quedarse con ninguna duda. A cambio de eso, él me hablaba de los personajes que había conocido y relataba algunas anécdotas suyas que a menudo nada tenían que ver con los temas de nuestra lectura.

Era ya muy tarde cuando decidimos parar. Cansado y somnoliento pude regresar a mi celda a esa hora, porque, a partir de esa noche, ya no nos encerraron y estuvimos en condiciones de movernos libremente por toda la crujía. El aire era puro y fresco, no había ruidos, y oía claramente a los guardias que vigilaban desde las murallas y las torres:

“¡alerta!”, gritaba el más cercano, “¡alerta!” se oía poco más bajo la voz de otro que estaba más lejos, y luego otra y después apenas se percibía un eco que iba a perderse en el cielo transparente de esa noche iluminado por una luna completa.

Cuando recorría el redondel tuve la impresión de sufrir alucinaciones porque vi claramente que el piso se hallaba alfombrado. Me agaché para observar mejor y sentí que la sangre se helaba en mis venas cuando descubrí que no era alfombra la que cubría el piso sino ratas. ¡Cientos de ratas, grandes, enormes, como gatos! Pensé que podían atacarme; pero no, tampoco les impresionaba mi presencia; se desplazaban perezosamente para no ser alcanzadas por mis pisadas. Abrí y cerré la puerta de la celda apresurada y cuidadosamente para impedirles la entrada. Sin embargo, al aproximarme al dormitorio, pude distinguir que una se metía de un salto a la tasa del excusado. Agitado, entré deseoso de hablar con mis compañeros de lo que pasaba en el redondel, pero dormían pesadamente y no me atreví a despertarlos.

Cuando la mañana siguiente comenté a los asaltabancos lo que había visto, no mostraron la menor sorpresa. Félix simplemente comentó sin inmutarse “sí, hay muchas ratas”.

“Pero debemos hacer algo”, dije yo desconcertado por la indolencia que mostraban, “¿qué tal si nos atacan y tenemos una epidemia de rabia?”

“¡Profesoor!, estás muy impresionado con las películas que has visto. Esos animalitos no hacen nada malo, nos ayudan cuando necesitamos. Mira qué limpio dejaron el patio que quedó tan sucio después de la visita. Cuando no hay basura que limpiar ni se aparecen. Además, nadie puede acabar con ellas porque son millones. En Caracas decían que había 50 ratas por persona. Creo que es una exageración, pero ponle la mitad, ¿quién puede acabar con ellas? Aquí, cada mes o mes y medio, ponen veneno y matan muchísimas. Sus restos los sacan como en media docena de camiones, de esos grandes, no se dónde van a tirarlos. Creo que en esto de las ratas, como en tantas otras cosas de la vida, si no puedes evitarlo, más vale que te acostumbres a ello.”